



EXPERIENCIA EDUCATIVA Y DESAFÍO AL IMPERIO¹

DAVID WOMERSLEY

Fecha de recepción: 24/02/2025
Fecha de aceptación: 25/02/2025

1776 fue un año memorable. De la manera más eminente, por supuesto, fue testigo de la firma y publicación de la Declaración de Independencia, pero también vio la publicación de dos obras importantes y sustantivas del pensamiento ilustrado: el primer volumen de *La historia de la declinación y caída del Imperio romano* de Edward Gibbon y *La riqueza de las naciones* de Adam Smith.

Algo más que la mera circunstancia de su fecha de publicación vincula estos tres documentos. Todos esos textos, de manera más o menos manifiesta, se alinearon en contra de las políticas del imperio y las prácticas asociadas al colonialismo. Es más, la experiencia educativa tanto de Gibbon como de Smith fue anómala e irregular, mientras que la de Jefferson no fue convencional en algunos aspectos. ¿Cuáles podrían haber sido las afinidades entre la decepción o divergencia educativa a mediados del siglo XVIII y un escepticismo maduro sobre las afirmaciones repetidamente hechas a favor del imperio en las últimas décadas de ese siglo?

La perspectiva política de la Declaración de Independencia es completamente manifiesta. Las antiguas colonias se proclaman “Estados libres e independientes”, “absueltos de toda lealtad a la Corona británica”, a la que caracterizan como tiránica y despótica en la persona de Jorge III.

Sin embargo, la política de *La declinación y caída* es más elusiva. Tal vez sea deliberadamente elusiva. Evidentemente, Gibbon se complacía en informar a su amigo suizo, Georges Deyverdun, que tanto los ministros de la Corona como Whigs tan comprometidos como Horace Walpole creían que el autor de *La declinación y caída* pertenecía secretamente a su partido.² Desde luego aún circula la opinión de que *La declinación y caída* es una elegía al imperio. En algunos aspectos es correcto. Gibbon expresa una admiración no fingida por los logros del imperio en arquitectura,

¹ ‘Educational Experience and the Challenge to Empire’ se publicó en Liberty Fund el 6 de febrero de 2025. Agradecemos a los editores originales y a su autor, el profesor Womersley, la gentileza con la que han accedido a su traducción al español.

² 7 de mayo del 1776 (*The Letters of Edward Gibbon*, ed. J.E. Norton, 3 vols., Cassell and Company, Londres, 1956, vol. II, p. 107).



ingeniería civil y bellas artes, pero es importante entender que el reconocimiento de esos esplendores no equivale ni se ofrece como una justificación consecuencialista del imperio como forma política. La primera frase de la publicación más temprana de Gibbon, *Essai sur l'Étude de la Littérature*, escrita en francés, pero publicada en Londres en 1761, es bastante inequívoca en su condena: “L’Histoire des Empires est celle de la misère des hommes” (La historia de los imperios es la historia de la miseria humana).³

Años más tarde, Gibbon estaba en Italia en el *Grand Tour* y escribió una interesante carta a su padre en la que queda claro que su estado de ánimo cuando visitó Roma por primera vez oscilaba entre el arrobo y la censura:

Querido señor, me encuentro ahora en Roma. [...] He hallado tal fuente de entretenimiento para una mente en cierta medida preparada para ello debido a su familiaridad con los romanos que realmente me encuentro casi en un sueño. Cualesquiera que sean las ideas que los libros puedan darnos de la grandeza de ese pueblo, sus relatos sobre el estado más floreciente de Roma se quedan infinitamente cortos ante la imagen de sus ruinas. Estoy convencido de que nunca jamás existió esa nación y espero, por la felicidad de la humanidad, que no llegue a existir.⁴

Arrobo ante la arquitectura, incluso en su ruinoso estado; pero censura a las políticas del imperio y su supresión del florecimiento humano: la “felicidad” cuya busca especificaría la Declaración de Independencia como un derecho humano inalienable.

Gibbon llevó sus compromisos juveniles a *La declinación y caída*, que narra y explica el proceso enormemente complicado mediante el cual la Europa de Gibbon (que, imitando a Hume, describe paradójicamente como una república de monarquías cristianas) había emergido de las ruinas del imperio. Un contribuyente crucial a este proceso había sido la exuberante libertad de los bárbaros del norte: “Los feroces gigantes del norte irrumpieron y enmendaron la enclenque raza. Restauraron un espíritu viril de libertad y, tras una revolución de diez siglos, la libertad se convirtió en la dichosa progenitora del gusto y la ciencia”.⁵ La implicación es sencilla. Si el Imperio romano hubiera logrado mantenerse de algún modo, el gusto y la ciencia modernos no habrían nacido. Es significativo que, hacia el final de su gran narración, Gibbon lance una simple pero devastadora acusación contra la práctica del imperio: “Tal vez no haya nada más adverso a la naturaleza y la razón que mantener en la obediencia a países remotos y naciones extranjeras, en oposición a su inclinación e interés”.⁶ Merece la pena detenerse un momento en la palabra “interés”, con su implicación de detrimento económico, ya que nos sugiere la influencia que la crítica a la economía del imperio de Adam Smith había llegado a ejercer sobre Gibbon en el momento en que publicó la tercera entrega de *La declinación y caída* (de la que está tomada esta última cita) en 1788.⁷

³ *Essai sur l'Étude de la Littérature* (1761), p. 1. (*Ensayo sobre el estudio de la literatura*, ed. de A. Lastra, Ediciones del subsuelo, Barcelona, 2022.)

⁴ Gibbon a su padre, 9 de octubre de 1764 (*Letters*, vol. I, p. 184).

⁵ EDWARD GIBBON, *The History of the Decline and Fall*, ed. De D.Womersley, 3 vols., Allen Lane, Londres, 1994, vol. I, p. 84. El papel del cristianismo en debilitar, sostener, suavizar y refinar la cultura del imperio es demasiado complejo para ser resumido aquí.

⁶ *The Decline and Fall*, vol. III, p.142.

⁷ El primer volumen de *La declinación y caída* se publicó el 17 de febrero de 1776, un mes antes de la publicación de *La riqueza de las naciones*. Aunque Gibbon había conocido a Adam Smith antes de marzo de 1776 y lo consideraba un amigo, no hay pruebas de que ninguno de los dos autores se hubiera hecho confidencias previas a la publicación sobre los detalles de los libros que iban a publicar.

Así pues, volviendo a *La riqueza de las naciones*, encontramos de nuevo una tendencia antiimperial. Gibbon admiraba extremadamente este libro, como le explicó a Adam Ferguson: “¡Que excelente obra aquella con la que nuestro común amigo, el señor Adam Smith, ha enriquecido al público! Una extensa ciencia en un solo libro y las ideas más profundas expresadas en el lenguaje más perspicuo”.⁸ Para Smith, el proyecto imperial de la Europa moderna arraigaba en un vulgar error sobre la naturaleza de la riqueza. Además, el propósito del imperio deparaba confusiones fatales sobre economía y política.

En primer lugar, el incentivo para la adquisición de imperios en las Américas había sido la confusión mercantilista de la riqueza con la acumulación de lingotes:

La estupidez y la injusticia parecen haber sido los principios que presidieron y dirigieron el primer proyecto de establecer esas colonias; la estupidez de rastrear minas de oro y plata y la injusticia de codiciar la posesión de un país cuyos inofensivos nativos, lejos de haber dañado nunca a los pueblos de Europa, habían recibido a los primeros aventureros con todas las muestras de bondad y hospitalidad.⁹

Además, el orden invertido de la historia económica europea, en la que las manufacturas naturales “han sido generalmente posteriores a las que son fruto del comercio exterior”, significaba que el comercio europeo se había vinculado perversamente a la guerra de agresión y esa conexión antinatural había avivado aún más las energías imperialistas. En tercer lugar, la dependencia de las colonias inglesas del trabajo de los esclavos había distorsionado el juicio económico de los propietarios de las plantaciones y los había llevado a repetidas asignaciones erróneas de capital:

Un caballero que trabaja la tierra de su propia hacienda, tras pagar los costes de cultivo, debería obtener tanto la renta del propietario como el beneficio del agricultor. Sin embargo, tiende a denominar beneficio a toda su ganancia y así confunde, al menos en el lenguaje corriente, la renta con el beneficio. La mayor parte de nuestros plantadores en Norteamérica y las Indias Occidentales se encuentra en esa situación. La mayor parte de ellos cultiva sus propias haciendas, por lo que raramente oímos hablar de la renta de una plantación, aunque frecuentemente se mencione su beneficio.¹⁰

La confusión es significativa porque, en un negocio “natural”, la renta suele deducirse del beneficio. La renta se entiende propiamente como una “deducción de la producción del trabajo que se emplea en la tierra”.¹¹ Pero, en la operación colonial, la renta no se deduce del beneficio, sino que más bien se incluye indistintamente en él. Esa exageración de la rentabilidad de las plantaciones tiende a exagerar el beneficio económico del trabajo esclavo. Smith está decidido a reiterar la verdad económica acerca del trabajo esclavo que esta exageración del beneficio colonial oculta:

Por lo que parece de acuerdo con la experiencia de todas las épocas y naciones, creo que el trabajo realizado por los hombres libres resulta, en última instancia, más barato que el realizado por esclavos.

⁸ 1 de abril de 1776 (*Letters*, vol. II, p. 101).

⁹ ADAM SMITH, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. de R. H. Campbell, A. S. Skinner y W. B. Todd, 2 vols., Clarendon Press, Oxford 1976, IV.vii.b.59, p. 588.

¹⁰ *Wealth of Nations*, I.vi.20, p.70.

¹¹ *Wealth of Nations*, I.viii.6, p. 83

Creo que la experiencia de todas las épocas y naciones demuestra que el trabajo realizado por los esclavos, aunque parezca costar únicamente su manutención, es en última instancia el más caro de todos.¹²

El resultado es que, con una perspectiva verdadera y, tal como se gestionan actualmente las colonias, “Gran Bretaña no obtiene más que pérdidas por el dominio que asume sobre sus colonias”.¹³

Así pues, para Smith, la adquisición de las colonias tenía su origen en un error económico y la actividad comercial típica de una colonia motiva la propagación de un error económico aún mayor. El último elemento en el ataque de Smith al imperialismo surgió cuando dirigió su atención hacia el este y se fijó en la Compañía de las Indias Orientales y su gobierno sobre vastas áreas del subcontinente indio. La importancia de este elemento ulterior en el análisis económico smithiano del imperio es que va más allá de declaraciones acerca de la inhumanidad del colonialismo respecto a la población colonizada (lo que no era, ni siquiera en aquella época, un punto de vista u opinión insólito), para mostrar que, además, el imperio es sutilmente más perjudicial para los propios colonizadores. Es tan económicamente irracional como inhumano.

En un momento poco oportuno, dada la publicación pocos meses después de la Declaración de Independencia, Smith introdujo su crítica a la Compañía de las Indias Orientales con una comparación:

Tal vez la diferencia entre el genio de la Constitución británica, que protege y gobierna Norteamérica, y el de la compañía mercantil, que oprime y domina las Indias Orientales, no pueda ilustrarse mejor que por el diferente estado de esos países.¹⁴

La Compañía de las Indias Orientales le dio otra vuelta de tuerca al modelo de distorsión económica que Smith asociaba al imperio ya que confundía, con efectos perjudiciales, dos funciones públicas muy distintas: la función gubernamental y la comercial:

No hay dos caracteres aparentemente tan incompatibles como los del comerciante y el soberano. Si el espíritu comercial de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales los vuelve muy malos soberanos, el espíritu de soberanía parece haberlos vuelto igualmente malos comerciantes. Mientras solo eran comerciantes, administraban su comercio con éxito y podían pagar de sus beneficios un moderado dividendo a los propietarios de sus acciones. Desde que se convirtieron en soberanos con unos ingresos que, según se dice, originalmente superaban los tres millones de libras esterlinas, se han visto obligados a rogar la ayuda extraordinaria del gobierno para evitar una inmediata bancarrota. En su situación anterior, sus sirvientes en la India se consideraban empleados de comerciantes; en su situación actual, esos sirvientes se consideran ministros de soberanos.¹⁵

De modo que, para Smith, ya mirásemos al este o al oeste, a pesar de las significativas variaciones en la administración de las distintas provincias del Imperio británico, la perspectiva que ofrecía el imperio era igualmente deprimente. El imperio se nutría de, al mismo tiempo que reforzaba, las tendencias más viciosas de la naturaleza humana y luego, con una sorprendente imparcialidad, se vengaba

¹² *Wealth of Nations*, I.viii.41 y III.ii.9, pp. 98-99 y 387-88.

¹³ *Wealth of Nations*, IV.vii.c.65, p.616

¹⁴ *Wealth of Nations*, I.viii.26, pp.90-91. *La riqueza de las naciones* se publicó en marzo de 1776. La Declaración de Independencia se publicaría el 4 de julio de 1776.

¹⁵ *Wealth of Nations*, V.ii.A.7, p. 819.

sutilmente de sus aparentes beneficiarios al cegarlos ante los verdaderos principios de su prosperidad económica y política.

¿Podría la experiencia educativa de Jefferson, Gibbon y Smith haberlos motivado a adoptar una perspectiva sesgada del imperio? George Tucker nos cuenta que la educación de Jefferson, antes de asistir al William and Mary, se había confiado inicialmente a “un tal señor Douglas, un clérigo escocés, en cuya escuela fue instruido en las lenguas latina, griega y francesa”. En el William and Mary, Jefferson volvió a caer bajo la influencia de un escocés, el doctor William Small, quien lo introdujo en lo concerniente a “ciencias generales, matemática, ética y *belles-lettres*”. Tucker trazó una clara conexión entre “esa diversidad de conocimiento [...] que caracteriza el sistema de enseñanza escocés” y la inclusión de Jefferson en “la comisión que redactó la Declaración de Independencia”.¹⁶

La educación de Gibbon siguió el modelo clásico de los hacendados rurales de su época: Westminster (donde fue intimidado e infeliz), seguido de una temprana admisión como *Gentleman Commoner* en el Magdalen College de Oxford. Fue un desastre. En el Magdalen, Gibbon incurrió en hábitos de ociosidad y se convirtió al catolicismo romano. Llegados a ese punto, su padre decidió enviarlo a Lausana, donde fue confiado a un clérigo, Daniel Pavilliard. Pavilliard reconoció las habilidades innatas de su pupilo y se hizo cargo de su educación. En sus *Memorias*, Gibbon recuerda que, bajo la custodia firme pero bondadosa de Pavilliard, su “amor por la lectura, que se había enfriado en Oxford”, comenzó a revivir y reconoce generosamente que “debo mi creación a Lausana: fue en esa escuela donde se reveló la estatua en el bloque de mármol y mi propia insensatez religiosa, junto a la ciega resolución de mi padre, produjeron los efectos de la más deliberada sabiduría”.¹⁷

La educación de Adam Smith mezcló elementos de la de Jefferson y de la de Gibbon. Del mismo modo que Jefferson, se expuso a la valoración escocesa de la diversidad de conocimientos, aprendiendo geometría y mecánica en su escuela parroquial local, además de iniciarse en el estudio del latín y del griego. Pero, al igual que Gibbon, el traslado a Oxford fue una decepción. Entre 1740 y 1746, Smith fue beneficiario de una *Snell Exhibitioner* en el Balliol College y quedó consternado por la negligencia de sus tutores, como registró en *La riqueza de las naciones*: “La mayoría de profesores públicos de la Universidad de Oxford han abandonado, desde hace muchos años, incluso la pretensión de enseñar”.¹⁸ Gibbon quedó tan satisfecho por este eco de su propia experiencia que lo citó en sus *Memorias*.¹⁹

No debemos llevar el argumento demasiado lejos. Podemos encontrar determinados críticos del imperio cuya experiencia educativa careció relativamente de problemas. Por ejemplo, Samuel Johnson condenó con displicencia la Guerra de los Siete Años, en la que franceses e ingleses se habían disputado el dominio de Norteamérica, como “la mera disputa entre dos ladrones por el botín de un pasajero”.²⁰ En el caso de Johnson, ese desencanto con el imperio y los conflictos que conllevaba no guardaba relación con ninguna decepción educativa. Sin embargo, aunque la conexión no se muestre de manera mecánica ni necesaria, tal vez los

¹⁶ GEORGE TUCKER, *The Life of Thomas Jefferson*, 2 vols., Charles Knight and Co., Londres, 1837, vol. I, pp. 21-23.

¹⁷ *The Autobiographies of Edward Gibbon*, ed. de J. Murray, John Murray, Londres, 1896, pp. 134 y 152. (*Memorias de mi vida*, ed. de A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2022.)

¹⁸ *Wealth of Nations*, V.i.f.8, p. 761.

¹⁹ *Autobiographies*, p. 70.

²⁰ *Observations on the Present State of Affairs*, en *The Yale Edition of the Works of Samuel Johnson*, vol X, *Political Writings*, ed. D. J. Greene, Yale University Press, New Haven y Londres, 1977, p. 188.

ejemplos de Gibbon y Smith sean más que suficientes para sugerir que una experiencia truncada o imperfecta en las más grandiosas instituciones de la Inglaterra hannoveriana podría inclinar a sus supervivientes a mirar otros elementos de ese régimen, incluido su imperialismo, con ojos desencantados.

Traducción de Aitana Tarrazona Quiles